

# En prensa



72 > **¿Qué es una revolución?»**, en *Revoluciones en la historia de América Latina*

Alan Knight

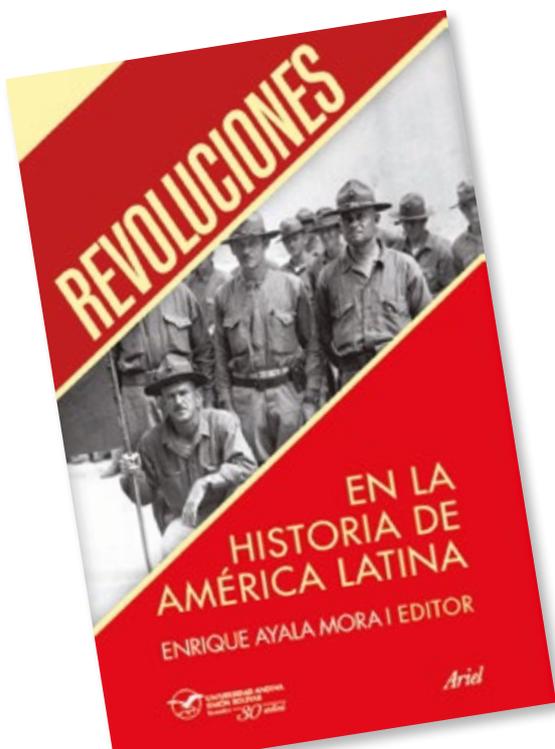
# «¿Qué es una revolución?, en *Revoluciones en la historia de América Latina*

ALAN KNIGHT

Revoluciones en la historia de América Latina, editado por Enrique Ayala Mora, que se publicará próximamente en coedición entre la UASB-E y editorial Planeta, ofrece a los lectores un conjunto de estudios que analizan procesos revolucionarios que se dieron desde el fin de las guerras independentistas hasta fines del siglo XX. Reproducimos un extracto del ensayo de Alan Knight, profesor emérito de Historia de América Latina en la Universidad de Oxford.

“  
Una gran revolución  
es muy diferente de una  
rebelión. La distinción  
remonta a la Revolución  
francesa, si no antes.”

**E**l concepto de la *gran revolución* (o, a veces también llamada *revolución social*, que afecta a toda una sociedad y no solo la forma de gobierno) es, además de útil, ampliamente aceptado.<sup>1</sup> En este sentido, una gran revolución es muy diferente de una rebelión. La distinción remonta a la Revolución francesa, si no antes, conforme el bien conocido intercambio entre el rey Luis XVI y el duque de la Rochefoucauld-Liancourt en julio de 1789, cuando el duque le informó al rey de la caída de la Bastilla y este preguntó: «¿Entonces, es una revuelta? Y el duque —aristócrata, pero aparentemente analista social-científico sin saberlo— contestó: «No, señor, es una revolución».<sup>2</sup> La distinción es obviamente clave en el caso de América Latina, debido al gran número de rebeliones, cuartelazos y pronunciamientos que se ven en los dos siglos después de la independencia.



1 Samuel P. Huntington, *Political Order in Changing Societies* (New Haven: Yale University Press, 1968), 75; Theda Skocpol, *States and Social Revolutions* (Cambridge: Cambridge University Press, 1979), xi, 3-5; Jack A. Goldstone, *Revolutions: A Very Short Introduction* (Oxford: Oxford University Press, 2014), 8.

2 Simon Schama considera que «es muy posible que esta conversación sí tomó lugar». Véase *Citizens: A Chronicle of the French Revolution* (Nueva York: Knopf, 1989), 420.



Para profundizar un poco en la observación del duque, creo que sería mejor pensar no en una simple dicotomía, sino en una tipología tripartita: primero, las revoluciones sociales o sociopolíticas son las grandes bestias de la muy poblada jungla de insurgencia, por lo cual podemos llamarlas, entonces, los elefantes; segundo, las revoluciones políticas, que transforman el *régimen* pero no tanto la *sociedad* son, así, los tigres; y, por último, los miles de pequeños pronunciamientos, rebeliones y cuartelazos son los ratoncitos de la jungla, que solamente sirven para derrocar algunos oficiales (presidentes, gobernadores, presidentes municipales) o derogar un impuesto o una ley impopular. Claro, hay que tomar en cuenta, además, el hecho de que ha habido muchísimas rebeliones y revoluciones fallidas, las que son derrotadas o reprimidas, que sin duda sobrepasan en gran número a las exitosas.

Así, tenemos tres categorías principales. Primero, los elefantes, de los cuales hay muy pocos en la historia de América Latina desde la independencia, yo diría que solo tres: las Revoluciones mexicana, boliviana y cubana —y quizá la nicaragüense—, todas comparables, por su carácter e impacto, con las grandes revoluciones mundiales, como la inglesa, la francesa, la rusa y la china. Segundo, los tigres, mucho más numerosos, y por último, los miles de pequeños ratoncitos.

“

**Los miles de pequeños pronunciamientos, rebeliones y cuartelazos son los ratoncitos de la jungla, que solamente sirven para derrocar algunos oficiales (presidentes, gobernadores, presidentes municipales) o derogar un impuesto o una ley impopular.** ”

”

Habría que hacer en este punto unas breves observaciones relevantes. La utilidad de esta tipología (como de toda tipología) es describir, aclarar y comparar fenómenos históricos y, cuando la utilizamos, es una cuestión de juicio historiográfico, juicio que raras veces se puede definir con cifras concretas y que depende del conocimiento del historiador. Por ejemplo, para mí, la Revolución mexicana fue una revolución social (un elefante); para Ramón Ruiz fue nada más «una gran rebelión» (tigre o quizá ratón gordo).<sup>3</sup> Hay debates parecidos, y, a mi modo de ver, todavía inconclusos, sobre las «revoluciones» de la independencia en América Latina: ¿fueron «grandes» revoluciones que cambiaron además del régimen político la sociedad (es decir, elefantes)? ¿O más bien, revoluciones políticas que, no obstante el cambio político, dejaron las estructuras de la sociedad inalteradas (es decir, tigres)?

3 Ramón Eduardo Ruiz, *The Great Rebellion: Mexico, 1905-24* (Nueva York: W. W. Norton, 1982).



“

Las grandes revoluciones suelen incluir y nutrirse de miles de pequeños movimientos, locales y particulares, que se aglutinan para formar una masa crítica capaz de derrumbar un régimen, quizá un orden social.

”

“

El enfoque marxista, digamos tradicional y mecanicista, exige que una verdadera revolución produzca un cambio en el modo de producción.

”

Como historiador del siglo XX, planteo la cuestión sin atreverme a contestarla.

Por último, hay que reconocer un fenómeno histórico algo raro pero muy importante. Las grandes revoluciones suelen incluir y nutrirse de miles de pequeños movimientos, locales y particulares, que se aglutinan para formar una masa crítica capaz de derrumbar un régimen, quizá un orden social.<sup>4</sup> En este proceso, un cambio cuantitativo conlleva también un cambio cualitativo. Tal proceso, que se ve tanto en la Revolución mexicana de 1910 como en la insurgencia mexicana de un siglo antes, involucra, conforme mi metáfora bestial, una transformación extraordinaria, ya que los miles de ratoncitos, juntándose, se vuelven tigres o elefantes.

Aun si estamos de acuerdo con que existe una categoría de *grandes revoluciones*, otra cosa es coincidir en cuáles son estas (ya que, igual que muchos fenómenos históricos, las revoluciones no son fácilmente cuantificables) y cómo podemos analizarlas en términos comparativos, buscando, tal vez, las «leyes de moción» que, conforme indica Trotsky, rigen los destinos de las revoluciones, así como otros procesos históricos.<sup>5</sup> A mi modo de ver, estos juicios dependen de criterios históricos, muchas veces incuantificables: por ejemplo, el peso de diferentes factores, la relación entre causas múltiples (como es el caso de las causas estructurales, de larga duración y las causas inmediatas o contingentes, entre otras) y el grado de cambio alcanzado a través del tiempo en la política, la economía, la cultura.

En este contexto, el enfoque marxista, digamos tradicional y mecanicista, exige que verdaderas revoluciones produzcan un cambio en el modo de producción, de tal modo que estas pueden ser calificadas como «burguesas» o «socialistas». Por eso Ramón Ruiz descalifica la Revolución mexicana —llamándola una «gran rebelión»—, porque no llevó a cabo una transformación en el modo de producción básico. Pero muy pocas revoluciones alcanzan este criterio tan exigente; solamente, diría yo, un puñado de revoluciones socialistas del siglo XX (la rusa, la china y la cubana). Las revoluciones «burguesas», ya sean las del siglo XVII (la inglesa), del XVIII (la francesa) o del XX (la mexicana y la boliviana, en ciertos sentidos), tuvieron efectos más matizados y prolongados.

4 Un buen ejemplo es Eric van Young, *The Other Rebellion: Popular Violence, Ideology and the Struggle for Mexican Independence, 1810-21* (Stanford: Stanford University Press, 2002).

5 Leon Trotsky, *The History of the Russian Revolution* (Londres: Sphere Books, 1965), volumen 1, 15. E. J. Hobsbawm, *The Age of Revolution, 1789-1848* (Nueva York: Mentor Books, 1962), 95, también nos ofrece una suerte de «ley» histórica, según la cual los revolucionarios bohemios, como Danton —que «siempre» aparecen durante las revoluciones sociales— son invariablemente derrotados por los duros puritanos (por ejemplo, Robespierre).



El argumento de Christopher Hill, con respecto a que la revolución —quizá «burguesa»— de Inglaterra del siglo XVII fue un proceso largo, marcado y empujado por momentos decisivos, como la guerra civil de la década de 1640 y la Revolución gloriosa de 1688, me parece acertado.<sup>6</sup> Lo mismo sucedió con la Revolución francesa, ya que, incluso los historiadores marxistas ahora lo aceptan, los sucesos de 1789 en sí no destruyeron el feudalismo para instaurar el capitalismo burgués,<sup>7</sup> y, de la misma manera, la Revolución mexicana formó parte de un largo proceso de cambio histórico que, conforme indica Enrique Semo, incluye tanto la independencia como la reforma.<sup>8</sup>

Hablar de la independencia también nos recuerda que, si nos enfocamos de manera excesiva en los modos de producción (cuya transformación es, necesariamente, un proceso prolongado, no el producto de súbitos cambios políticos), hacemos caso omiso de revoluciones importantes y transformadoras que fueron nacionalistas o anticoloniales: la estadounidense de 1776,<sup>9</sup> las latinoamericanas de principios del siglo XIX, el Risorgimento italiano, las dos guerras de independencia en Cuba, y, en el siglo XX, los casos de Argelia, de Vietnam y, por último, de China, donde el nacionalismo y el antiimperialismo desempeñaron un papel clave, primero con el

movimiento Cuatro de Mayo y después con la larga guerra contra los invasores japoneses.<sup>10</sup>

La propuesta de Trotsky, en el sentido de que existen «leyes de moción» de las revoluciones, nos lleva a considerar, más allá de la cuestión de cuáles son las verdaderas revoluciones, cómo debemos analizarlas. Hace años, Crane Brinton propuso que las revoluciones pasan por etapas determinadas (moderada, radical y, por último, contrarrevolucionaria).<sup>11</sup> Su análisis, aunque incluyó los casos inglés, norteamericano y ruso, se basó, en esencia,

en la Revolución francesa (en la que el esquema cuaja bastante bien). Es, entonces, un buen ejemplo de un conocido fenómeno, que se puede llamar *imperialismo intelectual a la francesa* —que no es monopolio de los franceses—, que consiste en exportar e imponer el modelo francés a otros países y culturas. Otro buen

ejemplo, que tiene que ver precisamente con la revolución mexicana y sus orígenes, es la obra de François-Xavier Guerra, distinguido historiador de raíces españolas y formación intelectual francesa, que —a mi modo de ver— sujeta la Revolución a una dolorosa cama de Procrusto, de fabricación francesa.<sup>12</sup>

Considero que la teoría de las «etapas» de Brinton no se exporta muy bien; es decir, no

“ Si nos enfocamos de manera excesiva en los modos de producción, hacemos caso omiso de revoluciones importantes y transformadoras que fueron nacionalistas o anticoloniales. ”

6 Neil Davidson, *How Revolutionary were the Bourgeois Revolutions?* (Chicago: Haymarket Books, 2012), 466-468. Esta interpretación —que rechaza la idea de una sola y rápida revolución burguesa, encabezada por la burguesía, con metas deliberadamente revolucionarias— ha sido llamada *consecuencialismo* (histórico).

7 George Rudé, *The French Revolution* (Londres: Phoenix, 1996), 166-167.

8 Enrique Semo, *Historia mexicana: Economía y lucha de clases* (Ciudad de México: Ediciones Era, 1978).

9 Aunque la Revolución estadounidense ha sido vista con frecuencia como la rebelión nacionalista y anticolonial pionera de la historia, hay razones por preferir la revuelta de los Países Bajos (contra España) en 1566. Véase Geoffrey Parker, *The Dutch Revolt* (Londres: Penguin, 1985), 33, 46.

10 Smith califica la Revolución china como un movimiento impulsado por «un nacionalismo antiimperialista, con matices clasistas» («a “class-inflected” anti-imperialist nationalism»). S. A. Smith, *Revolution and the People in Russia and China: A Comparative History* (Cambridge: Cambridge University Press, 2008), 7.

11 Crane Brinton, *The Anatomy of Revolution* [1938] (Nueva York: Vintage Books, 1965); véase también George S. Pettee, *The Process of Revolution* (Nueva York: Harper Brothers, 1938).

12 François-Xavier Guerra, *Le Mexique: De l'ancien régime à la Révolution* (París: L'Harmattan, 1985), dos volúmenes. El lector atento se dará cuenta de que, en la última parte de este capítulo, propongo el jacobinismo como valioso concepto organizador —obviamente de origen francés— en el análisis de las «grandes» revoluciones, lo que demuestra que sufro de una lamentable falta de consistencia intelectual o que mantengo una mente comendablemente abierta cuando se trata de utilizar conceptos «franceses». El mismo lector atento podrá sacar su propia conclusión.

funciona muy bien en otras partes. Aunque, como mencionaré, las revoluciones muchas veces comienzan con etapas «moderadas» que fracasan —y, en este sentido, la secuencia de Brinton tiene cierta razón—, las etapas siguientes no repiten la misma fórmula «francesa». ¿Cuál y cuándo fue la Thermidor mexicana, rusa, china o cubana? No se trata de que los modelos de etapas históricas siempre sean decepcionantes, la historia económica, tanto marxista como no marxista, incluye síntesis sugerentes, como las de Marx, Rostow, Gerschenkron y Hirschman.<sup>13</sup> Pero la historia política, que incluye la historia militar e internacional, muestra demasiado virajes (*twists and turns*) y toda revolución —que yo conozca— está sujeta a muchos factores aleatorios o «accidentales», que involucran carreras y decisiones individuales, conflictos bélicos e intervenciones extranjeras. La Revolución mexicana —y la cubana antes de 1959— se desarrollaron de una manera más o menos independiente (los actores extranjeros no determinaron sus trayectorias). Sin embargo, en Cuba, después de 1959, igual que en China y Bolivia (ni hablar de Nicaragua), la intervención extranjera, tanto diplomática como económica y armada, fue decisiva.<sup>14</sup>

Lo anterior implica que las revoluciones —como las guerras— o las grandes revoluciones —como las llamadas *guerras totales*— muestran trayectorias individuales que no caben dentro de ningún esquema de «etapas»; son, en palabras de Kipling, «*just-so stories*» (cuentos precisamente así).



“

**Y toda revolución está sujeta a muchos factores aleatorios o «accidentales», que involucran carreras y decisiones individuales, conflictos bélicos e intervenciones extranjeras.** ”

13 El primero no necesita introducción. W. W. Rostow, *The Stages of Growth: A Non-Communist Manifesto* (Cambridge: Cambridge University Press, 1960); Alexander Gerschenkron, *Economic Backwardness in Historical Perspective* (Cambridge: Harvard University Press, 1962); Albert O. Hirschman, «The Political Economy of Import-Substituting Industrialization in Latin America», *Quarterly Journal of Economics* 82, n.º 1 (1968): 1-32.

14 Al afirmar las trayectorias más o menos autónomas de las Revoluciones mexicana y cubana, en especial durante sus fases armadas, estoy nadando contra fuertes corrientes historiográficas. Por falta de espacio no puedo profundizar el punto. Para México, véase Alan Knight, *U.S.-Mexican Relations, 1910-40: An Interpretation* (San Diego: CUSMS y UCSD, 1987).